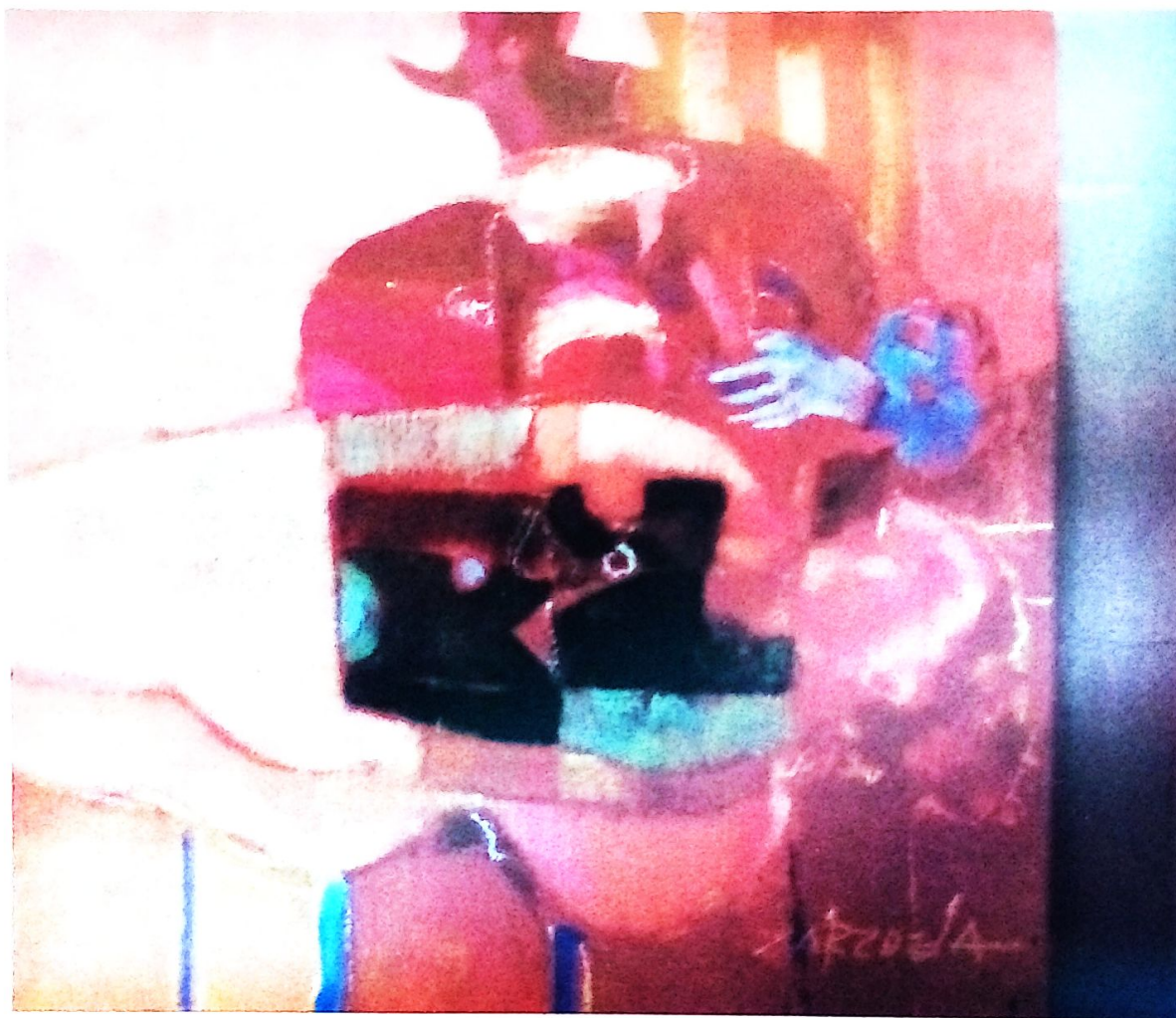




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Abel Alarcón • Giovanni Pappini • Erika J. Rivera • Valerio Magrilli • Antonio José de Sainz • Ives Bonnefoy
Pedro Cieza de León • Alonso Carrió • Anton Chejov • Blithz Lozada • Antonio Rojas
Víctor Montoya • Fiódorov Dostoievski

LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIV n° 604 Oruro, domingo 17 de julio de 2016





Convite. Oleo sobre tela
50 x 60 cm
Erasmo Zarzuela

Tesitura de *El Duende*

El Duende, desde muchísimo tiempo ya salta a la luz haciéndose conocer cada quince días con un ejemplar bajo el brazo. Así conocimos desde ese entonces los eventos significativos de orden literario como artístico, histórico y musical, buscando reflejar todo un universo que es parte no sólo de las letras bolivianas, sino de connotados poetas, escritores, dramaturgos, todos ellos inspirados en un bagaje de conocimientos que son parte de una historia mayor en el campo cultural. Todo plasmado en *El Duende*.

El Duende fue y es la energía del poeta y el sumun del escritor que inspira; es la existencia del mito que perdurará para siempre, es la existencia viva cruzando el portal de intrínseca maravilla que alimenta el ser hecho cultura.

Así como el agua y el aire son libres, así es la tesitura e identidad de *El Duende*. Son 21.000 hojas colmadas (hasta aquí) de sabiduría de insigne figuras de las letras nacionales y extranjeras que discurren en la imaginación, como luminoso destello en la paz del corazón.

Para su distinguido y afable Director Ing. Luis Urquieta Molleda, nuestras sinceras felicitaciones, augurándole más éxitos en esta tarea.

Aníbal Abel Alarcón Caparroz en: "600 Notables Números"



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Comunión universal



Nuestra relación con los antepasados y con los descendientes no es de orden jerárquico sino de naturaleza fraterna.

Todos somos, muertos, vivos y no nacidos, partícipes de una comunión universal que trasciende sobre la presencia y la ausencia, y que no tiene en cuenta ni la muerte ni el nacimiento.

En todo momento somos deudores para con los antepasados y acreedores en relación con los descendientes y todos responsables, los unos para los otros, tanto los que duermen en los sepulcros como los que nacerán dentro de algunos siglos.

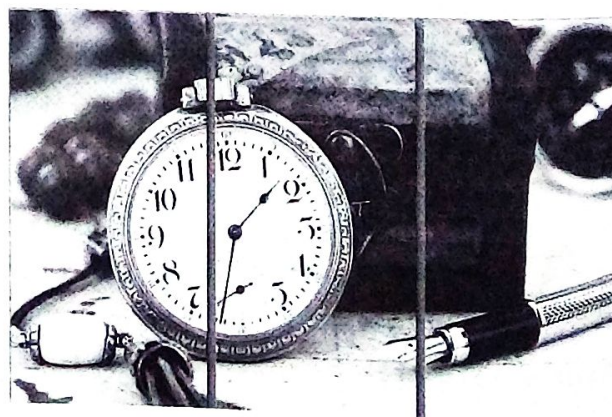
Hay una comunión de épocas, como hay una comunión de santos y una comunión de delincuentes.

Disfrutamos gran parte de lo que los antecesores crearon y transmitieron, pero pagamos al mismo tiempo, tal vez a precio caro, una parte de sus deudas y liquidamos, hasta duramente, los errores y las culpas de nuestros abuelos.

También nosotros dejamos grandes deudas a los que vendrán después, y del mismo modo, los remotos efectos de nuestras imprevisiones, de nuestros despilfarros, de nuestros pecados.

Nosotros también, no obstante, trabajamos para ellos y les dejaremos una herencia más copiosa que la que nos fue confiada; pero no tendremos en compensación sino alguna oración distraída o algún elogio deformante.

Giovanni Papini. Escritor italiano, 1881-1956.



Vicente Pazos Kanki un aymara cosmopolita

* Erika J. Rivera

Este trabajo pretende responder a las siguientes interrogantes: ¿Quién fue Vicente Pazos Kanki? ¿Cuál fue su relación con el pensamiento político y social en América Latina? ¿Tiene algún sentido o alguna utilidad indagar sobre este personaje en la actualidad? Personalmente este autor se me presenta como un cierto misterio, que trato de aclarar en pocas líneas. Intento una búsqueda de comprensión sobre problemas que aún hoy nos preocupan en América Latina analizando la pertinencia del pensamiento de Vicente Pazos Kanki en la actualidad.

En virtud a la bibliografía revisada no hay seguridad sobre su origen familiar debido a que existen diferentes versiones. Pero hay certeza sobre la fecha de nacimiento por las investigaciones del principal biógrafo de Vicente Pazos Kanki, el norteamericano Charles Harwood, quien señala que existe un acta de nacimiento de 1779 en un pueblo de Sorata. Hoy sabemos gracias a las investigaciones de Charles Arnade que Vicente Pazos Kanki nació en Ananea, próxima a Ilabaya, cerca de Sorata, cabecera de valle en la entonces provincia de Larecaja, al norte de La Paz. Murió en Buenos Aires en 1852 o 1853. Fernando Molina basándose en Gabriel René Moreno lo describe de la siguiente manera: "el bronce verdinegro de su tez y su cabeza piramidal y crinosa". Asimismo Charles Arnade se ha ocupado de encontrar un retrato de Pazos y lo señala de baja estatura, tez morena y ademanes nerviosos y vigorosos.

Sobre la interpretación del origen indígena, Gonzalo Rojas Ortuste señala lo siguiente: "Podemos decir que Pazos Kanki, en referencia a su etnicidad, es reactivo. Él se siente, ante todo, ciudadano, donde fuera que estuviese. Sabe sus orígenes y no los oculta. En ciertos momentos incluso los destaca, del mismo modo que hacemos hoy en día con algún tipo de identidad social o adscripción profesional. Percibe de manera clara que ser indígena en ese momento era un estigma social en las cúspides de las sociedades que frecuenta, por ello la afirmación de su talento personal es su propia batalla contra ese prejuicio, tan largamente anclado en las sociedades con historia colonial".

Debemos señalar muchos equívocos sobre Pazos como por ejemplo que se lo consigna como argentino. También se le confunde con Montecagudo al señalar que Pazos Kanki era partidario de la monarquía con un rey blanco. Durante sus gestiones en Estados Unidos se lo menciona como representante de Venezuela, Nueva Granada y México. También se lo designa como cura peruano. Recibió descalificaciones aludiendo a una supuesta incapacidad intelectual y estilística para las tareas que realizaba, y según Humberto Vázquez Machicado, Pazos es un plagiador, refiriéndose a la obra titulada *Memorias históricas-políticas*. También se puede advertir su carácter desaliñado y perezoso. Pero Molina y Rojas Ortuste relativizan este aspecto.

Resumiendo: Pazos Kanki nació en 1779. Después de sus estudios en el Cuzco se tituló como Doctor en Teología en 1804. Viajó a La Paz en 1809 y presenció los hechos del proceso de independencia. Se estableció en Buenos Aires en mayo de 1810 y fue un activo periodista de 1811 a 1812. Su primer exilio lo llevó a Londres, donde se casó con

una inglesa y conoció al entonces famoso escritor español Blanco White. En 1815 presenció la caída de Napoleón. Volvió a Buenos Aires pero salió a un segundo exilio. En 1818 realizó gestiones en Washington. Es en Estados Unidos donde se encuentran documentos, memoriales en castellano y las *Cartas* luego traducidas. A partir de 1821 en Lisboa enseñó castellano y su esposa el inglés hasta 1825. Visitó Madrid en 1825 y produjo dos de sus obras: (a) *Memorias* y (b) la *Historia de Estados Unidos*. Desde 1825 nuevamente estuvo exiliado en Londres. Entre 1830 y 1840 fue funcionario de alto rango ante el gobierno británico representando a Bolivia y a la Confederación Perú-Boliviana. Finalmente murió en 1852 ó 1853 en Buenos Aires.

Entre sus obras podemos citar: *El Censor* y *La Crónica Argentina* en Buenos Aires (1810-1811). En 1811 bajo el seudónimo de Anselmo Naciu escribió sobre reflexiones políticas escritas bajo el título de *Instinto común* por el ciudadano Tomas Payne. Asimismo el *Evangelio de Jesu Christo según San Lucas* en aymara y español en Londres pero sin fecha. En 1819 *Letters to the Honourable Henry Clay*. New York. En 1825 *Compendio de la historia de los Estados Unidos de Norte América. Al que se ha añadido la Declaración de la Independencia y la Constitución de Estados Unidos* (Nueva York). En 1826 escribió una relación de hechos vinculados con el cambio ocurrido en las relaciones políticas del Paraguay, bajo las medidas de gobierno del dictador José Gaspar Rodríguez de Francia. Finalmente publicó en 1834 las *Memorias Histórico-políticas* (tomo I en Londres).

Cuando Pazos Kanki tenía un año ocurrió la sublevación indígena dirigida por Tupac Amaru en 1780. Presenció el comienzo de la gesta libertaria en el Cuzco en 1805. Cuando nuestro autor tenía 29 años, Napoleón destronó a Fernando VII y puso a su hermano José en el trono español en 1808. Vicente Pazos



Kanki estuvo en Potosí cuando esta ciudad tenía cuarenta mil habitantes. Asimismo presenció en La Paz la revuelta del 16 de julio de 1809. Ese mismo año atravesó la frontera sur hasta llegar a Buenos Aires y vivió los procesos libertarios del 25 de mayo de 1810 hasta la declaración definitiva de la independencia de las Provincias Unidas en 1816.

Fue un sujeto activo de los debates públicos y políticos del sentido de la independencia. Finalmente se aprobó la primera Constitución de las Provincias Unidas en 1819. Cuando él estuvo en el exterior en Bolivia se conformó la Confederación Perú-Boliviana después de un largo proceso que comenzó en 1829, se consolidó en 1836 y se disolvió en 1839.

Vicente Pazos Kanki se formó con curas católicos en el Seminario dominico de San Antonio Abad donde se leía a Francisco de Vitoria y a Bartolomé de las Casas. Rojas Ortuste nos señala que Pazos tuvo gran admiración por los jesuitas porque se refirió sobre ellos de este modo: "la clase más inteligente que jamás existiera en la España monárquica". Pazos Kanki también estudió a los jesuitas José de Acosta y Manuel Rodríguez. Los investigadores de Pazos Kanki afirman que tuvo una gran influencia de Thomas Paine y los liberales del siglo XVIII. Asimismo no debemos olvidar la influencia que tuvieron en ese contexto filosófico varios pensadores como Maquiavelo, Rousseau, Kant y los ilustrados de ese tiempo.

Para Gonzalo Rojas Ortuste la idea de libertad en Vicente Pazos Kanki es expresada en su vida pública: "En ese largo trayecto en diversas latitudes hay una admirable constancia con su compromiso por la libertad de expresión como garantía de existencia democrática y la necesidad de enfrentar las discrepancias por la vía argumental antes que el recurso a la violencia o a la censura".

Para Fernando Molina Pazos Kanki partía de la idea de que "todo hombre tiene la predisposición a ser tirano, si las circunstancias le presentan la oportunidad para serlo". Según Molina, Pazos Kanki pensaba que "lo único racional entonces, es poner toda nuestra concentración en erigir y fortalecer instituciones que controlen al dirigente y le olviden de volverse un tirano". Y una forma de control es la libertad de prensa. Vicente Pazos Kanki ejerció el periodismo libre, des-

arrollando la idea de tolerancia. Todo aquello que atente contra la libertad de imprenta es despótico. Él emprendió una larga lucha contra el dogmatismo. Pazos Kanki amaba la libertad ante todo porque temía que a nombre de la independencia americana se ejerciera el despotismo.

Basándome en la investigación de Fernando Molina puedo señalar que para Vicente Pazos Kanki la idea de libertad no era una autorización para la pereza. Pazos Kanki considera que la igualdad desmotiva a los lentos porque estos individuos ya no necesitarán esforzarse por lograr los bienes materiales y coarta la libertad de los rápidos porque se les prohíbe desigualar. Esta actitud produce la parálisis social, se produce la ruina de unos y otros. La competitividad previene la descomposición del conjunto social.

Los exilios de Pazos Kanki fueron una experiencia importante para la construcción de su idea de comunidad política. Se construye esta idea siendo un ciudadano cosmopolita e involucrándose en la vida pública sin importar donde uno se encontrara. Como lo expresa Rojas Ortuste: "Hay un distingo con la tradición liberal; no es ni individualista posesivo, ni anarquista postergado, tampoco paria". Se destacó por su compromiso republicano, que la comunidad de hombres y mujeres debe preservar como herencia cuando reciben la libertad, porque este compromiso es frágil sin el esfuerzo conjunto.

Podemos concluir que este autor fue un humanista y un ilustrado. Asimismo un cosmopolita. Podemos encontrar en él un antecedente de las ideas liberales que luego se desarrollaron por toda América Latina. Fue un gran argumentador de la libertad de prensa, un crítico del despotismo. Desarrolló perspectivas importantes para el fortalecimiento de las instituciones porque es el mejor modo de que los malos políticos no causen daño. Él consideraba que los gobernantes debían estar sujetos al Congreso y a la opinión pública. También subrayó la importancia de la deliberación parlamentaria. Finalmente contribuyó a la construcción de una conciencia libre pensadora. Considero que este es el legado más importante que nos deja Vicente Pazos Kanki; por ello la pertinencia de conocer sus ideas en el presente.

Gonzalo Rojas Ortuste: *Vicente Pazos Kanki y la idea de República. Temprano mestizaje e interculturalidad democrática germinal*, La Paz: Plural 2012
Fernando Molina: *Vicente Pazos Kanki*, La Paz: Gente Común 2011.

* La Paz. Escritora.

Diálogo con Valerio Magrelli

Entrevista: Andrea Carlo

ACB -¿Cuándo es que sonido, forma, ritmo y estilo abandonan el caos y se convierten en poesía?

VM -Me viene a la mente una serie de referencias, sobre todo de lecturas, ya que nos encontramos justamente en el corazón, en lo vivo del hacer poético. ¿Cuándo es que una célula se hace célula, en qué momento una frase se transforma en verso...? De cierta forma, una pregunta de este tipo nos obliga a reflexionar sobre el proceso formativo de la obra. Porque efectivamente el misterio de los orígenes se remonta hasta el punto en que sonido y sentido se unifican. Están las bellas páginas de Valéry que comparan la poesía con un péndulo que oscila entre sonido y sentido... Pero durante un encuentro que tuve en Turín, Giancarlo Maiorino tuvo una intuición que me sorprendió sobremedera. Habló de una yema de sonido-sentido. Hela ahí: para mí esta expresión es quizá todavía más conmovedora que la anterior. Por ello pienso que el verso - quizá el primer verso, el verso inaugural de un poema- es una formación embrionaria dotada de sus leyes, de sus configuraciones.

Me vienen a la mente casos de numerosos autores que escriben o escribían apuntes con base en los cuales realizaban un poema; pienso otra vez en Valéry, en algunos poemas de D'Annunzio. Aquí es donde podemos palpar la diferencia entre la línea y el verso: un apunte que a partir de cierto momento se anima gracias al aliento del ritmo. Bastaría citar las páginas de Holderlin sobre el ritmo como soplo creador: en la base de todo está esa muy particular cristalización de la forma que crea un verso a partir de un apunte. Incluso diría que el verso se da como la aparición del ADN en el caldo primigenio. Algo debe suceder gracias a lo cual se verifica el milagro de la organización formal... He querido evitar cualquier acepción demasiado áulica, demasiado espiritual: aquí hablamos del milagro que tiene que ver con la organización formal de una criatura.

¿El poeta es entonces el demiurgo, y el poema fiel representación de su voluntad?

Quizá pueda responder con un ejemplo; no sé hasta qué punto es pertinente para el tema de la pregunta, pero creo que está rela-



Valerio Magrelli

cionado. Recuerdo haber seguido, en uno de mis poemas, toda una serie de consideraciones internas a la lógica del texto; era un poema redactado en Alemania en el momento de la apertura de las fronteras, poco antes de la caída del muro. Lleva por título *Del nombre de una camioneta utilitaria de la DDR que en alemán significa "satélite"*, y está dedicada a la Trabant. Detrás de esta imagen voluntariamente prosaica -la de las camionetas de Alemania del Este- hay, en verdad, una reflexión estratificada, tal vez no visible, pero para mí importante, que partía del flautista de Hamelin y de una serie de fábulas sobre el subsuelo.

Había una lógica interna en el poema que me hacía decir, al final, que las colonias en fuga de Alemania Oriental no eran otra cosa que los pequeños ratones del flautista dirigiéndose hacia la sartén ardiente. Este poema está ligado al momento y al lugar en que lo escribí -Hamelin-, la misma ciudad de la que hablaba. Presenció la caída del muro de Berlín desde Hamelin; veía llegar esos cochecitos Topolino nada menos que al país del flautista... El poema debía terminar sosteniendo que el pueblo de la belleza es también el de la condena.

He citado este texto porque entonces estaba completamente en contra de esta suerte de análisis político y, sin embargo, de algún modo, siguiendo leyes analógicas muy consecuentes, mi poema me llevó hacia lo opuesto. Por ello, una vez terminado, decidí publicar el poema tal como lo había

escrito: en total desacuerdo con su planteamiento, si bien luego de varios años me he seguido cuestionando sobre muchos aspectos del mismo. Éste es un caso límite, anecdótico si se quiere, pero interesante, ya que nos hace entender cómo a veces un texto -evidentemente no hablo de una novela-, cómo una concreción poética, cómo al interior de un número cerrado de palabras, se puede efectivamente afirmar algo con lo cual el autor no concuerda; es decir, cómo el poema puede tener una ley interna a causa de la cual, una vez insertadas ciertas funciones, el éxito resulta del todo extraño a la voluntad de quien ha llevado a cabo la operación. Lo que me lleva a concluir que es verdad que no somos nuestros poemas, y al mismo tiempo a reconocer que a veces nuestros poemas no son nosotros.

Por diversas razones, en el imaginario del lector -incluso culto- el poeta es aquel que, situándose más allá de la masa, de lo cotidiano, ofrece las respuestas a los demás. ¿También para usted hacer poesía significa no compartir la condición del hombre, del hombre moderno?

Para mí el día se erosiona, es devorado por un sentido del trabajo obsesivo, invasor. Y ello quiere decir atravesar una ciudad en automóvil, en autobús... Aun con el privilegio de un trabajo intelectual, sé lo que es vivir en una situación de ansia, de penuria. Esto es un paréntesis,

importante sin embargo, porque explica cómo la poesía crece en los bordes. Entendámonos: siempre ha habido poetas latifundistas y herederos, pero no es mi caso... para mí la poesía es algo que he tenido que arrancarle a las ocupaciones del día; de manera física, concreta, literal; ésta ha acampado en mis horas de tregua, de respiro. La escritura para mí permanece ferozmente ligada a las condiciones materiales, de subsistencia. En múltiples ocasiones he buscado metaforizar todo esto.

Pienso en un poema en el que comparé las notas con un baño de ácido en un cuarto oscuro de fotografía. Por lo que a mí respecta, la poesía vive en una posición marginal, liminar; más sufrida que elegida. Otra imagen que he usado es la de la planta derruida; mi poética vive, llevada por ciertos versos, en las ruinas del día; soporta el estado compartido con los hombres que viven esta época. Desgraciadamente, se tiende cada vez más a olvidar el sentido cotidiano de la escritura...

¿Pero puede la poesía partir de la crónica?

Es justamente esta pregunta la que me llevó a escribir *Guía para la Lectura de un periódico*: la idea de enfrentar las noticias como antimateria. Quería tocar de verdad el día, tocar la vida como la vivimos. Detrás de todo esto obviamente está la conciencia de un cruce de vanguardias... He escrito mucho sobre el dadaísmo, sobre las vanguardias históricas, y justo por eso quería abandonar cualquier tentativa programática y teórica, intentando afrontar directamente el sentimiento de las cosas que nos acompañan. Un estímulo inmenso... Pienso en la biogenética.

La idea de ver transformado, bajo nuestros ojos, el sentido mismo de la vida, es por un lado monstruoso, pero por el otro nos lleva a la pregunta: ¿cómo podemos fingir demencia ante todo lo que está sucediendo? De algún modo, en una forma más emocional que ideológica, he buscado enfrentar estos temas, hacer un ajuste de cuentas con estos materiales. Es por ello que, hace tiempo, hablé de los autobuses. Vivía cerca de una terminal, y durante las noches escuchaba continuamente el bufido de los frenos que se descargan. A fuerza de escuchar ese sonido terminé por interpretarlo como un gran sollozo, a la manera de Verlaine, y desde entonces, a través de la tradición, he buscado apropiarme de una realidad deshumanizada: creo que la tradición nos puede ayudar; en nuestras manos puede ser un arma para hacer frente al mundo, para leerlo, para domesticarlo.

(Pasa a la Pág. 5)

¿Hacia qué blanco debe el poeta lanzar sus dardos para alcanzar el gozo?

En definitiva creo que la poesía tiene mucho que ver con el grito, aunque en mi caso esta afirmación pueda parecer extraña. Se habla siempre, con respecto a mi obra, de una escritura meditada, muy calculada; sin embargo, antes que todo eso yo siento constantemente ese carácter pulsional: procuro tenerlas que ver con la realidad incontrolable e insensata. Ahora recuerdo un poema en el que hablo del mundo como un paño mojado embebido de muerte, y digo "cóselo dulcemente". Allí, la poesía, sus versos, representaban los puntos de sutura. La poesía busca coser esta materia informe, bullente, como si pudiese de esa forma mantenerla junta, salvarla, y en todo momento estar al tanto de la paradoja, de la contraniedad de lo que va haciendo... ¡coser el agua! Pero si el agua no se puede coser!

Como mucho, podemos coser el paño húmedo que de algún modo la contiene. Así, tenemos en ella un arma de defensa, un arma de ofensiva... es una respuesta, una respuesta que debe ser organizada y formalizada de la manera más coherente. El gran gozo de la poesía se da cuando podemos sintonizarnos con la idea que nosotros mismos tenemos de ella; todo el juego de acordes, de alineaciones. El gran gozo de la poesía se da cuando logramos entender en qué dirección se está moviendo, y gracias a ello conseguimos secundarla.

¿Por qué, desde siempre, poesía y mujer han formado un binomio fundamental?

He escrito mucho sobre la mujer aun cuando en mi primer recuento de poemas escribí que "yo no podría hablar de la mujer". Se trata del polo del deseo. Creo que la mujer tiene un espacio privilegiado en la poesía precisamente porque, como alguna vez he dicho, la poesía es diálogo por excelencia. Incluso el poeta que escribe sobre sí mismo trata de establecer algún contacto con el elemento bipolar. Nunca estamos solos cuando escribimos, y el otro es, por excelencia, quien pone en escena esta duplicidad. Por lo tanto es verdad que la imagen de la mujer para el poeta hombre, tal como se formalizó en la época clásica, es en realidad la imagen de la poesía por excelencia. La imagen del polo opuesto que sirve para hacer surgir el arco voltaico.

¿Cómo explicarse que después de siglos de escritura la poesía no haya muerto aún?

He leído cosas muy bellas sobre la idea de la poesía entendida como ave fénix. La poesía se consume y renace de sí misma en el momento en que establece con la lengua ese diálogo y ese equilibrio. Pienso en el péndulo, o mejor, como dije antes, en aquella yema, en cuanto crea eso que Dante llamaba el "lazo musaico": una armonización de sonido y sentido. La lengua —quizá después alguien lo comprenderá—, es como el fuego en honor del soldado desconocido. A

propósito de imágenes contemporáneas, en mi libro más reciente comparo los versos con los teléfonos que se recargan... un mundo de pilas, de acumuladores. En ese texto afirmo que la composición poética es una batería que pone a recargar el sentido. Me interesaba partir de un elemento tan cotidiano para evocar un objeto-talisman, una especie de objeto imantado. La poesía es siempre igual, y es siempre irradiación de sentidos: una extraña forma de radiación, añadiría.

¿En dónde se origina la fuerza radiante?

No lo sé; aquí entramos en la complicada relación que se establece entre la poesía teológica y la poesía teleológica. Yo me siento alejado de una poesía que pretende explicar. Hace tiempo escribí una cantaleta, una cantilena que llamé *Children's Corner*, "El rincón de los niños". Se trata de una larga balada sobre la paternidad, que contiene dos estrofas sobre Dios. Son estrofas muy violentas, casi blasfemas, justamente porque no vienen de un creyente (si bien mi formación religiosa ha sido tan esmerada como prolongada). Probablemente haya sido una forma de repulsión que tomó cuerpo en esas estrofas.

Esto se debe al hecho de que incluso en la poesía más alejada de los problemas de orden religioso subsiste una latencia —al menos yo la advierto como tal—, una especie de hoyo negro en el que se camina, se gira... Pienso en el caso extremo de Caproni, por ejemplo, en las bellísimas páginas en las que habla de teopatía. Queda siempre esta pregunta inexpressada que luego, según el interés, sale a la luz. Debo decir que en los extremos situaría por un lado a Caproni, con su nihilismo consciente y apasionado; por el otro, a Betocchi, uno de los poetas a quien más amo, con sus poemas de una belleza, de una creaturalidad, de una religiosidad absoluta.

¿Cuál es la relación entre el silencio y la palabra?

Pienso espontáneamente en el silencio como el silencio del ritmo. ¿Dónde comienza el silencio? Justo donde termina el verso. Durante muchos siglos, al menos en las lenguas prerromances, la zona donde colindaban la palabra y el silencio la representó la rima, en el sentido de que allí donde el verso se corta, allí donde la palabra cede al silencio, entraba la repetición fónica, precisamente como una forma de conjuro. La poesía encuentra en la rima el exorcismo de la palabra contra el silencio. Hoy nos toca vivir una poesía en la cual, o bien la rima no existe, o bien se emplea de forma distanciada, secundaria. Debemos hallar el modo de inventar algo que nos resarza de esta pérdida.

Tomado de: Revista "Paréntesis" n° 11 - 2001

Desde mi ventana

Desde la ventana de mi cuarto, sobre la avenida gris y silenciosa, bajo el frío de este cielo de invierno, la veo pasar sola y pensativa...

Su traje color ceniza, el mismo color del cielo, me parece hoy un harapo. Antes me pareció una nube hecha para envolver su regio busto de estatua, su cuerpo, su piadoso cuerpo de Magdalena... Nada ha cambiado en ella; ni sus andares leves, que son los mismos de antes, ni su traje, que es el mismo de otros días...

En cambio, su palidez ha aumentado, palidez de ensueño; de nácar, de lirio muerto... Su rostro se ha idealizado y sus ojos brillan más negros.

Y al verla pasar desde mi ventana, sobre la avenida silenciosa, bajo el frío de este cielo de invierno; al verla pasar sola y pensativa, me pregunto:

¿En qué piensa?

Y lentamente reconstruyo un párrafo de su historia, de su vulgar historia de vendedora de amor...

Tres años habían vivido juntos su idilio. Él, un estudiante venido de lejanas tierras; estepa rusa o pampa americana. Ella...

El estudiante le brindó su pan, su cuarto y sus fastidios; ella le brindó su cuerpo y, acaso, un rincón de su alma...

De calle en calle, de café en café, derrocharon sus alegrías unas veces, pasearon sus celos y riñas de amantes, otras. Él era todo cuidados; ella, toda caricias. Los dos se amaban; los dos vivían...

¿Qué más deseaban? Para mí, ella era una armonía. No quiero describirla. ¿Para qué? Sería fraccionar el adorable conjunto. ¡Oh, la amante prisionera encadenada con billete de banco! Mi sueño romántico era ser el trovador de esa castellana.

Tres años pasaron, y el idilio terminó. Él, concluidos sus estudios médicos, partió dispuesto a trabajar por "su patria" —como decía— (y más dispuesto aún a reventar a sus compatriotas a fuerza de drogas...). Fue al comenzar del invierno. La nostalgia apresuró su marcha, y una mañana plúmbea y lluviosa, partió. Un albo pañuelo y hondo sollozo dijeron "adiós"...

Y ella, como en otro tiempo, ofrece sus caricias para ganar la vida.

Yo me pregunto de nuevo: ¿En qué piensa? ¿En quién?

Ese "quién" me tortura. Y me dan ganas de correr tras ella: de murmurarle al oído rimas hechas de seda, de languidez y de tristeza; estrofas suaves como para arrullar, en un sueño amoroso, su pobre alma de mujer.

El largo crepúsculo, que es un día de invierno bajo este cielo, traza en su manto

gris estrías negras que se agrandan en inmensas alas de sombra. Es de noche. Ella ha desaparecido.

¿Quién podrá curar esa alma?

¿Y quién consolará mi corazón...?

La piedad del lobo

Como los viejos fabulistas, a veces oigo hablar a los animales. También comprendo el lenguaje de las flores e interpreto el alma de las cosas.

—Maestro —le decía—, tú sabes que yo soy humilde, compasivo y bondadoso, pues la experiencia me ha enseñado que el más inteligente y feroz de todos los animales, eres tú mismo. Entre mil invenciones con que alegras o torturas tu carne y tu espíritu, tienes la música, la escritura, el juego y el alcohol. En tu alma florece la negra envidia, que escondes y cultivas en secreto. Horribles víboras familiares, el rencor y el engaño, anidan en tu



pecho. Desconfía de tu mejor amigo, y te causan rabiosos tormentos la sed del oro y el amor de la mujer.

Y prosiguió:

—A mí me acosan el hambre y el deseo. Hago lo que puedo para no odiar al cordero, que es un imbécil, y a la hiena, que es perversa; pero cuando arrecia el frío de la estepa, y el hielo punza, y la necesidad atormenta mis entrañas, ¿qué quieres que yo haga? Me veo obligado a devorar al viajero que cayó entre la nieve.

—Y por ti sufro hondamente y te compadezco, no porque eres mi hermano y mi maestro, sino porque tengo piedad de mí mismo... ¡Y abrigo el justo temor de llegar un día al grado de perfección a que has llegado!

Antonio José de Sainz Terán.
Potosí, 1854 – Lima, 1959.
Poeta y periodista.



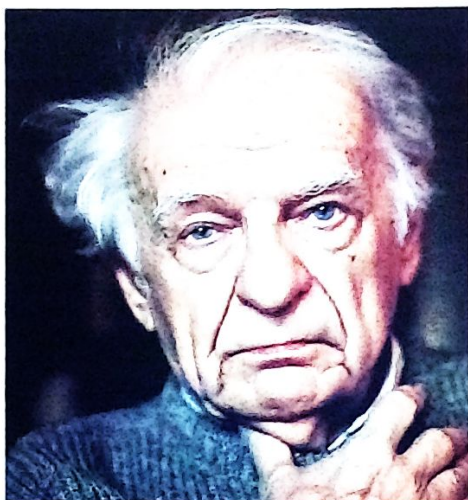
2 preguntas a Bonnefoy

En 2013, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara otorgó al poeta, ensayista y traductor francés Yves Bonnefoy (fallecido el reciente 1 de julio a la edad de 93 años) el "Premio en Lenguas Romances", ocasión en que el poeta griego Dimitris Angelis conversó con él para la revista griega Frear, de donde extractamos un fragmento

Dimitris Angelis. Si alguien habla en la actualidad de poesía francesa en Grecia, el nombre que viene a todos los labios es uno: Yves Bonnefoy. ¿Nos puede hablar un poco de su punto de partida poético, sus influencias y lecturas de aquella época, es decir, podría usted hacernos el retrato del joven artista Yves Bonnefoy?

Yves Bonnefoy. ¿Quién era yo en mis inicios? Primero, un gran ignorante. Iba al colegio, al instituto, y descubrí ahí que existían filósofos, artistas, poetas sobretodo, y a los pocos que accedí me fascinaban. Comprendí bien a través de ellos la condición humana, muy poco atractiva allí donde yo estaba, y en esos años podía tomar sentido, manifestar su riqueza. Pero ese lugar, ese momento eran también los que me privaban de esas mismas obras. Estaba en una pequeña ciudad aún totalmente dormida, vivía en un medio obrero muy distanciado de los acontecimientos de cultura, era la víspera de la preguerra que retenía su aliento en el presentimiento del desastre. Después fueron los años de guerra, donde no podía encontrar más que muy pocos libros, con excepción de algunos de los surrealistas que se vendían a bajo precio en la librería donde tomaba el tren cada tarde. Después de que viniera a París los museos estaban cerrados, y también me dejé sumergir en la aventura surrealista en su verdadero sentido poético pero con su saber artístico muy limitado y con juicios sectarios que rehúsan incluso sólo a mirar la pintura que yo estaba destinado a amar profundamente, cuando al fin pude descubrir las verdaderas obras en su asombrosa diversidad. Y quien proscibía la música... "Que caiga la noche sobre la orquesta", escribía Bretón. No era por aquel camino por el que hubiera podido acceder a lo que sin embargo deseaba tanto encontrar, no me cabe la menor duda de esto.

¡Mucho tiempo perdido! Pero este largo periodo de carencia estoy listo ahora para reconocerlo como una oportunidad. Puesto que algunas de las obras que me habían sido posibles en mis años de infancia o adolescencia e incluso más tarde, percibir de lejos, allá, en su otro mundo, tomaron a mis ojos un carácter que no habrían tomado nunca si yo hubiera vivido de golpe en el espacio de la cultura: me parecían manifestaciones, no de otro momento o de otro lugar de la sociedad sino de otra realidad superior, con autores advertidos de más de lo que se puede vivir o



Yves Bonnefoy

conocer en nuestra condición ordinaria. Y esa manera de abordar a Hugo, Racine o Vigny –mis primeras lecturas– o, sobre todo puede ser, el cuestionar las pequeñas reproducciones en blanco y negro de Titien o de Veronèse, era un sueño por supuesto y profundamente peligroso para la vida como hay que vivirla, tan cerca como posible de su aquí, de su ahora, pero era también la razón de reflexionar en el sueño de manera precisa y de comprender su naturaleza, y de hacer de esta reflexión el motor de mi búsqueda poética. Puesto que este sueño de una realidad superior, bien puede ser inherente a todo comienzo poético. Y mientras más rápido y fuerte se tome conciencia, más posibilidad hay de instaurarse en este pensamiento crítico que es lo serio de la poesía.

En todo caso, tales fueron mis inicios. Salvo la lectura de las tragedias de Racine, que no hay más que una manera de hacer esta lectura, con cierta inconsciencia pero ya vislumbrando el germen del doble enfoque de las obras; por una parte el sentimiento con el que la mayoría de las otras tragedias no cuentan en lo absoluto (algunas, las verdaderamente poéticas, relevan, al contrario de una realidad superior), y por otra parte y como en regresiva, el pensamiento que se juega todo en ilusiones que hay que aprender a deshacer.

Evidentemente, diciéndole esto simplifico mucho, sé bien que si dispusiera del ojo del novelista y además tuviera el gusto por los hechos psicológicos le diría todo, tanto o más que estos trozos de puro pensamiento, mi tiempo perdido entonces, mis frívolas ocupaciones, mis lecturas al azar, perezosas, después y ya incluso viviendo en París, tantas conversaciones para nada a propósito de los eventos del crepúsculo surrealista, tantas par-

tidas de ajedrez sin verdadero estudio del juego, tantas ocasiones perdidas en los posibles encuentros... es la impresión que tengo retroactivamente de este largo periodo de latencia, que no termina hasta por ahí de 1950, cuando me mudo del Barrio Latino, del cuarto de hotel de las numerosas visitas a un alojamiento cerca de las afueras de París, en una repentina y salubre soledad. Sin embargo, de cualquier modo creo verdadera esta dialéctica de sueños de una realidad superior y la negación de ilusiones que acabo de decir. En todo caso, sé bien que fue esta dialéctica la que orientó mis primeras lecturas verdaderamente serias, fue la que nutrió mis primeros escritos –cuando retomé la vía académica, yendo cada vez más y más a escuchar a Jean Wahl–, y veo también que fue la que me hizo amar desde el primer instante el mundo mediterráneo que descubrí en Córcega en 1949. Las islas, como sublevadas en el cielo por el alba de occidente, el olor a tomillo, los montes incendiados por la llama de la noche, las metafísicas gnósticas que me atormentaban. No me quedaba más que encontrar en Italia y en Grecia las respuestas que grandes artistas y algunos pensadores como Plotino, habían aportado a las preguntas que hacían este tipo de lugares y de horizontes, pleno de arquetipos, tan diferentes de todo lo que yo había vivido o imaginado hasta entonces.

D. A. Para la mayoría de nosotros, la poesía francesa, en particular el surrealismo, era la base de nuestra cultura literaria. Pero en la actualidad Francia da la impresión al observador extranjero de que ha olvidado la poesía o de que sólo se ocupa de la poesía visual. Para usted que creció con Valéry, que pasó por el surrealismo, que también se opuso a él y que trazó su propia vía, ¿cómo ve

la poesía francesa actual? ¿Comparte nuestro punto de vista?

Y. V. Sí, hay que constatar que el pensamiento que prevalece en Francia en este momento en materia artística o literaria no parece comprender más lo que es la poesía. En todo caso subestima la necesidad en el seno del grupo social como si hubiera olvidado el papel que jugó en las épocas donde no era marginalizada como ahora. Hay en la actualidad un "estándar literario correcto" que valoriza la crítica, incluso la autocritica, que es la mejor manera de acallar la sensibilidad poética.

Y este triste hecho tiene razones seguramente tan fundamentales como universales, así el objeto manufacturado que actualmente obstruye con su omnipresencia el acceso y la inteligencia de lo que es vida en el mundo pero, lo que apenas comienza en otros países parece haber ya triunfado en Francia, no hay que sorprenderse por eso. Nuestro país le dio al mundo, en particular en el siglo XIX en los albores de la sociedad industrial, algunos de los más grandes poetas, creo o más bien sé, que no fueron grandes porque tuvieron hermosas ocasiones de lucidez de valor para combatir a los enemigos completamente resueltos que se reunían en todas partes alrededor de ellos. Podría citarle juicios de Baudelaire, de Rimbaud, de Mallarmé, sobre el país de la anti poesía. Un país donde la falta de acento tónico, este acceso natural al ritmo de la poesía, deja el campo libre al acento exclamativo, aquel que recalca la idea en el debate, la conversación, para el más grande aprovechamiento del intelecto. En Francia la poesía es como censurada por el poder imperioso del intelecto. A riesgo de una desertificación donde no florecerán más que el espíritu de la depreciación o gritos de desesperanza o una elocuencia profundamente engañosa. Beckett, Artaud, Aragon. Pero por suerte la situación no es tan simple. La ausencia de acento tónico es compensada en nuestra palabra por la "e" muda, la diéresis, componentes de esta prosodia misteriosa propia del francés de la cual hablaba Baudelaire, quien es además uno de los maestros. Y la ausencia de poetas –de verdaderos poetas– en los consejos de la sociedad, incita a los mejores espíritus a reflexionar sobre la precariedad del hecho esencial de lo poético, lo que nos vale poetas conscientes de la poesía, críticos de sus ilusiones sugeridos de falsos pretextos y otras mentiras que infligen el lirismo legítimo. Una vanguardia de la reflexión que temo que pronto se necesitará en otros países.

Tomado de "Círculo de Poesía"
Trad. Celeste Tamayo

La Paz vista por viajeros extranjeros y autores nacionales*



"PUESTA EN LA ANGOSTURA DE UN PEQUEÑO VALLE"

Esta parte que llaman el Collao en la mayor comarca, a mi ver, de todo el Perú y la más poblada. Y en el medio de la provincia se hace una laguna, la mayor y más ancha que se ha hallado ni visto en la mayor parte de estas indias, y junto a ella están los más pueblos del Collao.

Para llegar a la ciudad de La Paz se deja el camino real de los ingas y se sale al pueblo de Laxa; adelante del una jornada está la ciudad, puesta en la angostura de un pequeño valle que hacen las sierras, y en la parte más dispuesta y llana se fundó la ciudad, por causa del agua y leña de que hay mucha en este pequeño valle, como por ser tierra más templada que los llanos y vegas del collado, que están por lo alto della, a donde no hay las cosas que para proveimiento de semejantes ciudades requiere que haya; no embargante que se ha tratado entre los vecinos de la mudar cerca de la laguna grande de Titicaca o junto a los pueblos de Tiaguanacu o de Guaqui. Pero ella se quedará en el asiento y aposentos del valle de Chuquiabo; que fue donde en los años pasados se sacó gran cantidad de oro de mineros ricos que hay en este lugar. Los ingas tuvieron por gran cosa a este Chuquiabo; cerca del está el pueblo de Oyune, donde dicen que está en la cumbre de un gran monte de nieve gran tesoro escondido de un templo que los antiguos tuvieron, el cual no se puede hallar ni sabe a qué parte está. Fundó y pobló esta ciudad de Nuestra Señora de La Paz el capitán Alonso de Mendoza, en nombre del Emperador nuestro Señor, siendo Presidente en este reino del licenciado Pedro de la Gasca, año de nuestra reparación de 1549 años.

Pedro Cieza de León. España, 1520-1554. Cronista de la conquista de los Incas y de las guerras civiles de los españoles.

"EN UNA QUEBRADA HONDA DE MUY BUEN TEMPERAMENTO"

La salida de Oruro se hace sobre una pampa salitrosa de más de cuatro leguas que en tiempo de seca se caminan a trote en dos horas y media, pero en tiempo de aguas se hacen unos atolladeros arriesgados y lagunillas en los pozos que tiene. En este tiempo la gente prudente se dirige por la falda de los inmediatos collados, con rodeo de más de dos leguas, y toda aquella detención que causa la desigualdad del camino en cortas subidas y bajadas, de modo que en tiempo de seca a trote regular o paso llano se puede llegar desde Oruro a Caracollo, que dista ocho leguas, en cinco horas, y en tiempo de aguas, siguiendo las lomadas, se gastarán ocho, y si se acomete la pampa, principalmente de parte de noche, se exponen los caminantes a pasar en ella hasta el

día del juicio final. El resto del camino no tiene más riesgo que el que ocasiona el ardor y la precipitación de los caminantes. Todo el camino, hasta llegar a la entrada de La paz, es de trote y galope a excepción de algunas cortas reventaciones que se forman a la entrada y salida de los pueblos, que parece que son unas divisiones o linderos que preparó la naturaleza para evitar pleitos y discusiones. En todo este país encuentran en todos tiempos mis amados caminantes: tambo sin puertas, mulas flacas y con muchas mañas, corderos y pollos flacos y huevos con pollos nonatos o helados porque las buenas indias venden siempre los añejos. Sin embargo, se puede pasar decentemente con algunas precauciones y gastos como nos sucedió a nosotros, por la práctica y providencia del visitador.

Esta ciudad está situada en medio de la distancia que hay desde Potosí al Cuzco, en una quebrada honda de muy buen temperamento. Es antípoda de la de Toledo, porque aquella está en alto y ésta en bajo. Ambas ocupan territorio desigual, pero las calles de La Paz son con mucho exceso, más regulares. Si en el tiempo de marras se encontraba mucho oro entre las arenas del Tajo, actualmente se coge mucho en los arroyos que entretejen la ciudad de Chuquiapo. Las indias

tienen sus lavaderos a distancia de aquellas estrechas quebradas, en donde recogen algunos granos de que se mantienen, y mucho más con la esperanza de hacer una buena pesca, como sucede a los que tratan en la de las conchas que cría las perlas. Este renglón no es considerable.

De la provincia de Lajurja y otras, se puede asegurar que entran en La Paz anualmente cinco mil marcos de oro, en tiempos regulares. Dos mil y cuatrocientos pasan a Lima por los correos de cada año, según las cuentas que reconoció el visitador de más de siete, y aunque sólo caminen por particulares otros tantos y sólo se extravíen y gasten en alhajas doscientos, tenemos completo el cálculo de cinco mil, que valen seiscientos veinticinco mil pesos, independiente de los muchos zurrónes de plata que entran en la ciudad del valor de la coca, que aunque actualmente está a precio bajo, rinde muchos miles a los hacendados de la ciudad porque hacen todos los años tres cosechas, que llaman mitas.

La coca sólo es producción de las montañas muy calientes, y es una hoja que seca se equivoca con la del olivo o laurel y se cría en unos arbolitos de corta estatura. Son muy raros los españoles, mestizos y negros que la usan, pero es grande su consumo entre los indios, y en particular cuando trabajan en las

minas de plata y oro. Unos la mascan simplemente, como los marineros de hoja del tabaco, y lo que hemos podido observar es que causa los mismos efectos de atraer mucha saliva y fruncir las encías a los principiantes en este uso. Muchos indios que las tienen ya muy castradas y que no sienten su natural efecto usan de una salsa bien extraordinaria, porque se compone de sal molida y no sé qué otro ingrediente muy picante, que llevan en un matecito de cuello que llevan colgado al suyo, y de allí sacan unos polvitos para rociar las hojas y darles un vigor extraordinario. En conclusión, los indios cuentan de su coca lo mismo que los aficionados del tabaco, por ser un equivalente, como la yerba del Paraguay al té y café.

La ciudad es una de las más ricas del reino, pero no tiene edificio particular. Su salida y entrada, sin embargo de hacerse por dos cuevas perpendiculares, están actualmente bien aderezadas, por lo que no tienen riesgo de precipicio. La catedral, que está situada en la plaza Mayor, no tiene más particularidad que la de celebrarse los divinos oficios con seriedad. Las casas particulares están tan embarazadas de muebles, de espejos y láminas, que confunden la vista. Las alhajas exquisitas están mezcladas con muchas muy ruidicas.

No hay casa de mediana decencia que no tenga algunas salvillas y potosinos de oro macizo. Los trajes que no son de tisús de plata y oro, de terciopelos y de otras telas bordadas de realce del propio metal, se gradúan por ordinarios y comunes, pero en medio de un lujo tan ostentoso, no se ve decadencia en las familias como en otros lugares de la América, verbigracia en Potosí y Oruro a donde la riqueza es pasajera porque no tienen otra que la de la plata que se saca de sus minerales. En conclusión, la riqueza de esta ciudad conviene con su nombre; pero la mayor que puede contar al presente este prelado y pastor al ilustrísimo señor don Gregorio de Campo, persona completa y de quien se puede decir sin lisonja que en su rostro se están leyendo sus virtudes y en particular la de la caridad.

Alonso Carrió de la Vandra.
Autor de "Lazarillo de ciegos caminantes" (1773)

* Del libro con el mismo título compilada por Mariano Baptista Gumucio



La pena

* Anton Pávlovich Chejov

El tornero Gregorio Petrov, desde hace tiempo conocido como un excelente artesano y al mismo tiempo como el mujik más desordenado del distrito de Galchinsk, conduce a su vieja, enferma, al hospital rural. Debe viajar unas treinta verstas y el camino es tan malo que ni siquiera el correo oficial podría pasar, sin hablar ya de semejante haragán como el tornero Gregorio. El viento, cortante y frío, pega directamente en la cara. En el aire, por donde uno mire, se arremolinan enjambres de copos de nieve, de modo que es difícil distinguir si la nieve cae del cielo o sube de la tierra. A través de la niebla nevada no se ven ni los postes de telégrafo, ni el campo, ni el bosque, y cuando se abalanza sobre Gregorio una ráfaga muy fuerte, entonces ni siquiera se ve el arco de los arneses. La vieja y extenuada yegua apenas avanza. Todas sus energías se fueron gastando para sacar las patas de la nieve y sacudir la cabeza. El tornero está apurado. Salta inquieto sobre el pescante y a cada rato fustiga el lomo del caballo.

—No llores, Matrena... barbota—. Ten un poco de paciencia. Si Dios quiere, pronto llegaremos al hospital y una vez allí... enseguida te van a... Pavel Ivanich te va a dar unas gotas o te hará una sangría, o, quizás, a su señoría se le ocurrirá hacerte friegas con alcohol y... entonces... se te quitará el dolor en el costado. Pavel Ivanich tratará de hacerlo. Gritará, pateará, pero tratará de hacerlo todo bien... Es un señor bueno, tratable, que Dios le dé mucha salud... En cuanto lleguemos, saldrá corriendo de su casa y antes que nada recordará a todos los diablos. “¿Cómo es eso?”, gritará. “¿Por qué vienes a estas horas? ¿Acaso soy un perro para afanarme con ustedes todo el santo día? ¿Por qué no viniste por la mañana? ¿Andando! ¿Que no te vea más! Vuelve mañana...”. Y entonces yo le diré: “Señor doctor... Pavel Ivanich... Señoría...”. ¡Arre, a ver si corres un poco, que el diablo te lleve!

El tornero fustiga al jamelgo y, sin mirar a la vieja, continúa farfuleando:

—“¡Señoría! Le juro por Dios... sálv al amanecer. Pero cómo va uno a llegar a tiempo si el Señor... la madre de Dios... están enojados y nos mandaron una borrasca. Usted mismo lo está viendo... Ni siquiera un caballo más noble pasaría aquí, y el mío, usted mismo lo está viendo, no es un caballo sino una vergüenza”. Y Pavel Ivanich, siempre enojado, volverá a gritar: “¡Los conozco! Siempre encontrarán una justificación. ¡Y en especial tú, Grishka! Te conozco muy bien. Seguramente entraste en unas cinco tabernas”. Y yo le diré: “¡Señoría! ¿Acaso soy un



malandrín o un hereje? Mi vieja está a punto de entregar su alma a Dios, se está muriendo, ¡y yo voy a andar por las tabernas!”. Entonces Pavel Ivanich dará órdenes para que te lleven al hospital. Y yo caeré a sus pies... “Pavel Ivanich. Muy agradecidos... somos mujiks tontos, ¡perdónenos! En vez de echarnos a palos, usted se digna molestarse, mojar sus pies en la nieve.” Y Pavel Ivanich me mirará como si quisiera pegarme y me dirá: “En lugar de caer de rodillas, tonto, hubieras hecho mejor en no tragar la vodka y tener lástima de tu vieja. ¡Mereces que te den azotes!”. “En verdad, Pavel Ivanich, que Dios me castigue, merezco azotes. ¿Y cómo no voy a caer a sus pies si usted es nuestro bienhechor, nuestro padre? Señoría... Palabra... como ante el mismo Dios... Podrá escupirme en los ojos si le engaño: no bien ni Matrena se ponga, como se dice, buena y vuelva a su punto normal, haré todo lo que vuestra merced se digne ordenar. Si desea una cigarrera de abedul de Carelia... unas bolas de croquet... o puede tomear un juego de bolos a la mejor usanza extranjera... ¡Haré todo por usted! Y no le cobraré ni una kopeika. En Moscú le cobrarían cuatro rublos por una cigarrera como ésta, pero yo ni una sola kopeika.” El doctor entonces se echará a reír y me dirá: “Bueno, bueno... comprendo... Lástima que seas tan sólo un borrachín...”. Yo sé, vieja, cómo hay que tratar a los señores. No existe un señor con quien yo no supiera hablar. Con tal de que Dios no permita que perdamos el camino. ¡Mira qué borrasca! Tengo los ojos tapados por la nieve.

Y el tornero sigue murmurando sin parar. Lo hace maquinalmente, para ahogar, siquie-

ra en parte, el penoso sentimiento que lo embarga. Tiene muchas palabras en la lengua, pero más numerosas son las ideas y las preguntas que anidan en su cabeza. La desgracia lo sorprendió de golpe, inesperadamente, y el tornero se siente incapaz de volver en sí y comprenderlo todo bien. Hasta el momento vivía sin preocupaciones, en un continuo y parejo estado de ebriedad semiinconsciente, sin sentir penas ni alegrías, y ahora, de repente, su alma está oprimida por un dolor intenso. El despreocupado haragán y borrachín vino a parar, de buenas a primeras, a la situación de un hombre atareado, preocupado, apresurado y, para colmo, en plena lucha contra la naturaleza.

El tornero recuerda que su pena comenzó en la víspera. Cuando en la noche anterior regresó a su casa borracho como siempre y según la antigua costumbre comenzó a maldecir y a agitar los puños, la vieja miró al pendenciero como no lo había mirado nunca. Comúnmente, la expresión de sus ojos aventados era resignada y sufrida, como la de los perros que reciben muchos palos y poca comida, pero ahora su mirada estaba inmóvil y severa, como la de los santos en los iconos o la de los moribundos. Fue en esos ojos, malos y extraños, donde dio comienzo la pena. El aturdido tornero pidió prestado al vecino un jamelgo y ahora lleva a su vieja al hospital con la esperanza de que Pavel Ivanich, mediante polvos y ungüentos, le devuelva a la mujer su antigua mirada.

—Este... Matrena... —murmura—. Si Pavel Ivanich te pregunta sobre... si yo te pegaba o no, dile que de ninguna manera. Porque no te voy a pegar más. Te lo juro. ¿Acaso te pegaba

por maldad? Pegaba porque sí. Te tengo lástima. Cualquier otro ni lo pensaría, pero yo te cuido... me preocupo. ¡Pero mira qué borrasca! ¡Dios mío! Que el Señor no nos haga perder el camino. ¿Te duele siempre el costado? Matrena ¿por qué estás callada? Te pregunto si te duele el costado.

Le parece extraño que la nieve no se derrita sobre el rostro de la anciana, y que este rostro, extrañamente alargado, haya adquirido un color de cirio, de tono pálido grisáceo, y se haya tornado serio, severo.

—Qué tonta! —murmura el tornero—. Te hablo de todo corazón, como ante el mismo Dios... pero tú... esto... ¡Eres una tonta! ¡Mira que no te voy a llevar al hospital!

El tornero baja las riendas y se pone a meditar. No se decide a volverse y observar a la vieja: le da miedo. También tiene miedo de preguntarle algo y no recibir ninguna respuesta. Por fin, para terminar con la incertidumbre y sin mirar a la mujer, palpa su mano fría. El brazo levantado cae como un látigo.

—De modo que ha muerto.

¡Qué embrollo!...

Y el tornero llora. Lo que siente es más bien fastidio que lástima. ¡Qué rápido se hacen las cosas en este mundo! —piensa—. Todavía no había comenzado su pena y ya sobrevino el desenlace. Apenas había sentido deseos de expresar a la vieja sus sentimientos, de consolarla y ya ella estaba muerta. Ha vivido con ella cuarenta años, pero esos cuarenta años pasaron como envueltos en una neblina. La vida no se sentía detrás de las borracheras, las peleas y la miseria. Y para colmo, la vieja murió justo en el momento en que él tuvo lástima de ella, cuando sintió que no podía vivir sin ella, que era terriblemente culpable ante ella.

—¡Pedía limosna! —recuerda—. Yo mismo la mandaba a pedir pan a la gente, ¡córcholis! Ella, tonta, hubiera podido vivir unos diez años más, porque ahora quizá piensa que yo soy así de verdad. Virgen Santísima; ¿a dónde, diablos, la estoy llevando? Ahora no se trata de curarla, sino de enterrarla. ¡Date vuelta!

El tornero hace volver al jamelgo y lo fustiga con todas sus fuerzas. Conforme avanza el camino se hace peor. El arco de los arneses ya no se ve del todo. De vez en cuando el trineo choca contra un joven pino, el oscuro objeto rasguña las manos del tornero, apareciendo fugazmente delante de sus ojos, y el campo de visión vuelve a ser blanco, grinatorio. “Vivir de nuevo...”, piensa el tornero.

Recuerda que hace cuarenta años Matrena era una joven hermosa y alegre. Provenía de una familia campesina pudiente y la casaron con él por sus buenas cualidades de artesano. Había condiciones para una buena vida, pero, por desgracia, después de emborracharse en la boda, él se acostó a dormir y parece no haberse despertado aún.

(Pasa a la Pág. 9)

Recuerda bien la ceremonia del casamiento, pero lo que ocurrió después de la boda no lo recuerda, excepto la bebida, las peleas y el sueño. Así se han perdido cuarenta años.

Las blancas nubes de nieve poco a poco se vuelven grises. Cae el crepúsculo.

—¿A dónde vamos? —se despierta de golpe el tornero—. Hay que llevarla al cementerio y yo la llevo al hospital... ¡Ni que estuviera trastornado!

Nuevamente el tornero da vuelta a la yegua y la fustiga. Ésta junta todas sus fuerzas y corre al trocillo, resoplando. El tornero le pega en el lomo una y otra vez... A su espalda se oyen unos golpes y él, sin mirar, sabe que es la cabeza de la difunta que golpea contra el trineo. El aire se oscurece cada vez más; el viento se toma más fuerte y frío... "Si pudiera vivir de nuevo... —piensa el tornero—. Comprar herramientas nuevas, atender los pedidos... entregar el dinero a la vieja... ¡sí!".

Deja caer las riendas. Las busca, quiere levantarlas y no puede, sus manos no se mueven... "De todas maneras... —piensa— el caballo irá solo, conoce el camino. Con qué gana dormiría ahora un poco... antes del entierro o la misa podría acostarme un poco."

El tornero cierra los ojos y dormita. Poco tiempo después siente que el caballo se ha detenido. Abre los ojos y ve por delante algo oscuro, parecido a una izba o una gavilla... Debería bajar del trineo y averiguar de qué se trata, pero todo su cuerpo está dominado por una pereza tal, que mejor es quedarse congelado que moverse del lugar... Y se duerme despreocupado.

Se despierta en un cuarto grande, con las paredes pintadas. Una intensa luz solar entra por las ventanas a raudales. El tornero ve a la gente por delante y lo primero que quiere es mostrarse serio, juicioso: —Habría que encargar una misa, hermanos, por mi vieja —dice—. Hay que avisar al sacerdote...

—¡Bueno, bueno! ¡Quédate tranquilo! —lo interrumpe una voz.

—¡Padrecito! ¡Pavel Ivanich! —se sorprende el tornero al ver al médico—. ¡Señorita! ¡Bienhechor nuestro!

Quiere levantarse de un salto para caer de hinojos ante la medicina, pero siente que ni las manos ni los pies le obedecen: —¡Señorita! ¿Dónde están mis pies? ¿Mis manos?

—Despádate de tus pies y tus manos... ¡Congelados! Bueno, bueno, ¿por qué lloras ahora? Has vivido bastante, gracias a Dios. Unas seis décadas habrás vivido, ¿qué más quieres?

—¡Qué pena! ¡Señorita, es una pena! Perdóneme... Unos cinco o seis añitos todavía...

—¿Para qué?

—El caballo no es mío, tengo que devolverlo... Hay que enterrar a la vieja... ¡Qué pronto se hacen las cosas en este mundo! ¡Señorita! ¡Pavel Ivanich! La mejor cigarrera de abedul de Carelia... Le haré un croquet...

El médico meneó la cabeza y sale del cuarto.

* Escritor, narrador y dramaturgo ruso, 1860 – 1904.

¿Socialismo?: Un micro-cuento

* Blithz Y. Lozada Pereira

Cuando yo era niño lo llamaban "comunismo", y unos uniformados con rango de generales hacían propaganda en su contra advirtiéndome supuestamente que el idioma torcido que empleaba destruiría las familias y enajenaría la propiedad. En verdad, la única "batalla" que estos generales libraron, uno enano y el otro orondo, fue la de encarcelar, torturar, asesinar y hacer desaparecer a gente indefensa. Cuando yo era joven, me entusiasmé vivamente con el socialismo. Lef casi todo lo que pude encontrar y todavía hoy, en la vejez que carga el peso de la experiencia, me admiro de los sueños juveniles que tuve, creyendo que sería posible un mundo en el que los políticos trabajen a favor de la sociedad y las personas, y no se sirvan del Estado para mantener e incrementar su poder, y para enriquecerse ellos mismos y sus pandillas. Al menos, supuse ingenuamente, que el socialismo castigaría la corrupción con la cárcel o la muerte, la que en mi ilusa concepción, inclusive el tomismo justificaba con la arenga de que por el bien común, el tiranicidio sería una acción moral glorificada por Dios.

Cuando conocí la Isla Lagarto y la Tierra de Tito, mis sueños del socialismo fueron todavía más inspiradores. No me di cuenta que la sociedad paradisiaca que había construido el pastor de lengua barba a quien veneraba una enorme grey en el Caribe, apenas expresaba un alineamiento político mundial como parte de una conflagración mundial, y que el precio de una educación y una salud al parecer, maravillosas, era la renuncia al pluralismo, una ideologización intensiva, el culto obsesivo a la personalidad, la dependencia de otro imperialismo y la sumisión ante el poder vertical unipersonal e indefinido que reprimía solapado a una sociedad. Después comprendí mejor lo que solo entreví gracias a que me fugué del protocolo de visitas oficiales en la isla. Con todo, estrechar la mano del pastor que guiaba a una sociedad masiva e ideologizada, me emocionó. Siendo también muy joven, las emociones que sentí al observar la sociedad perfecta de la autogestión, me obnubilaban para que no descubriera que debajo de lo que conocí y me impactó, ardían en los Balcanes candentes brasas de nacionalismo, etnocentrismo y secesionismo dando lugar posteriormente, a una guerra de acciones monstruosas y consecuencias extremas.

Ahora viejo, al descubrir que la angustia de poder reconstituye dinastías y concentra la ingente riqueza de los políticos —una vergüenza que la humanidad no debería permitir— me percaté que sea que se trate de pastores, burócratas o bufones; los líderes del socialismo tarde o temprano terminan por depravarlo. Cuando estudiaba al pasajero del tren sellado financiado y protegido por los nazis, cuando admiraba por su lucidez y fuerza, al político, intelectual, pensador y

estadista del socialismo real, no quise ver a quien asesinó a la familia real sin juicio y escondió sus cadáveres. Cuando soñaba en una sociedad justa en que nadie muera de hambre, no quise ver que al profesor rural de tez amarilla no le importó las decenas de millones de personas que fueron víctimas reales de la inanición, mientras que él se regodeaba entre jovencitas de ojos rasgados.

Nunca me gustó el soldado de abrigo largo, repelía su ignorancia; y no quería ver que quien mandó a clavar una picota en el cráneo del políglota y esclavizó también a decenas de millones de sus conciudadanos con una eficacia mayor a la demostrada en el holocausto del siglo XX, explicaba en definitiva el comportamiento de una escuela para la práctica política que yo conocí de cerca. Entre burócratas, sindicalistas y militantes de dicha escuela fui parte de las luchas que protagonizamos al menos una década. Yo creí, en mi ingenuidad, que como en mi caso, los demás eran parte de esa lucha para evitar la explotación irracional del capital; en mi candidez, luchábamos para realizar una vida moral que condene y castigue a los ladrones, fijos y mentirosos; en mi estupidez, creía que las personas a quienes yo acompañaba vivían para la revolución porque en verdad, querían cambiar la desigualdad, deseaban que la sociedad creara trabajo, ofreciera bienestar, resguarde la dignidad, cualifique la educación, ofrezca calidad de vida y precavete los derechos humanos satisfaciendo las necesidades y expectativas; en especial, de los que más sufren —por ejemplo, los mendigos y discapacitados— y de la población que yo veía como el pueblo.

Ni siquiera en mi juventud me entusiasmó el médico asmático argentino. Me parecía obsecuente hacer el juramento hipocrático y matar soldaditos bolivianos; aunque a su modo, aceptar inmolarse dirigiendo un proyecto condenado al fracaso, haya deducido o no la traición local y la caribañea, me parecía un gesto religioso, y por tanto, encomiable. Con todo, hablar con denuedo del hombre nuevo como alguien íntegro por la acción consecuente con el discurso, como alguien que tenga solidez insobornable en sus valores, que sea consciente de su responsabilidad social, que al final de su vida esté inmaculado ante la corrupción y haya sido un juez justo ante la lacra de los politicastros que gobiernan el mundo, me entusiasmaba. Sin embargo, resonaba en mí la duda de que diario y todo incluido ¿no sería en el fondo un montaje con coreografía de egolatría?

Participé con vivacidad y convicción en un sinnúmero de tareas para hacer realidad mi sueño del socialismo tal y como yo lo concebía con una fuerte dosis de idealismo. Pero, pese a mi entusiasmo, comencé a percibir, progresiva e invariablemente, que mis

líderes, compañeros y referentes políticos e ideológicos no eran, en verdad, tal y como yo los idealizaba. Un líder se vendió a su verdugo para ser Presidente arrastrando a sus adláteres angustiosos de poder, descubrí la venalidad en pigricias de dirigentes sindicales a nivel nacional, y pese a que un gallardo abogado encarceló al general orondo, vi que mis ilusiones de la utopía socialista eran solo eso: el espejismo que yo había creado para dar sentido a una lucha por la que tal vez solo yo luchaba. Así, decidí alejarme de la vida política partidaria para siempre, huyendo de la bruma maloliente que percibía gracias a mi agudo sentido del olfato, entre quienes hablaban del socialismo.

Nunca creí que Su Majestad, El Ignaro, llegaría ni siquiera a ser la sombra de Gandhi o Mandela. Pero que en el techo del mundo, la utopía socialista que soñé se haya convertido, en verdad, por la gracia de un personaje de comic en una pesadilla de terror, hasta a mí me sorprende. Y como mi tierra no deja de asombrar al mundo, ahora es sabido que aquí las palabras aparentes que nadie cree, son suficientes para encubrir la distopía del "mundo verdadero" que es este socialismo real en la segunda década del milenio: angustia ilimitada de poder, destrucción sistemática de la razón, anomia social y política, desfalco creciente de los recursos públicos, represión y amedrentamiento, incapacidad probada para construir el futuro económico, despilfarro ominoso y vergonzoso, simbolismo agobiante que dilapidó el erario en propaganda de culto a la personalidad, carencia absoluta para gobernar en pos del bien común, impunidad como norma, y una persecución sañuda de la escasa decencia. Y como en una película de terror en la que las víctimas, lo son realmente, veo con el peso de los años, que la pulsión del indio que somos parcialmente cada uno de nosotros mismos, se alinea sumisa e hipócritamente en la perversión final del cuento del socialismo convirtiéndolo en un culebrón en el que casi todos son el elenco de una trama de rapiña, mentiras, disfraces, contumelia, exabruptos, ridículo, crímenes, cinismo, robo, tráfico, barbarie y oscurantismo. Por eso, este —que sí es un cuento—, proclama con vehemencia

¡La nueva Edad Media ha comenzado!

* Oruro, 1964.
Catedrático universitario.
Académico de la Lengua.

A

ntonio Rojas

Antonio Rojas (seudónimo de **Jorge Asbún Rojas**). Poeta, catedrático universitario y abogado vallegandino (Santa Cruz, 1963). Su poesía está incluida en antologías publicadas en Bolivia, España y Estados Unidos. Junto a Ricardo Serrano y Gustavo Cárdenas, ha renovado la temática amorosa en las letras bolivianas. Ha publicado: *Cántico* y *El viento y la piedra* (1985), *Antología provisional. Poesía joven de Santa Cruz* (1986. Selección y prólogo de A.R.), *Tiempo nombrado* (1990, 1999).

De lo mucho que los amantes

De lo mucho que los amantes
cierran sus ojos al besar
se acumuló la noche,
templando su bóveda sobre el mundo,
su silencio preciso,
entregando el cuerpo al cuerpo.
Es en la noche cuando los amantes
ascienden luminosos
el uno hacia el otro
deseosos de incendiarlo todo,
y sólo la piel
obstinada en encubrirlos,
soporta ese fuego que la deja líquida,
transparente como el agua.
Es en la noche que los amantes
vagan solitarios por el espacio
como dos astros sin ocaso.

Para empuñarte contra las sombras

Para empuñarte contra las sombras,
para marcar a golpes el camino,
entre escombros,
desde mi nacimiento
fui eligiendo tu arcilla,
te arranqué del aire
y elegía el agua
que vibra al contacto con la tierra.
Te di forma de vasija
y te llené de luz.
Cargo contigo
por todos los caminos,
para todos te llevo, alta, como una bandera.
Refresca la garganta
y el corazón de otros
que jamás encontraré en mi camino.
Cuando me haya ido,
agita tus alas en la noche
y roza los labios de los olvidados,
por siempre:
agua,
raíz,
luz,
tú, Poesía.

No regresar a la piedra

No regresar a la piedra
a descifrar la vida ya vivida,
no detenerse a contemplarla,
esperando lo que no dirá nunca.
No remover escombros, en busca de vestigios,
cruzar como un astro apagado en la noche.
Hablar para que pasen las palabras,
ser como el rosál que no intentó
guardar el aroma de una rosa,
diariamente crear otra
que habrá nueva fragancia sobre el aire.

Tiéndete a mi lado

Tiéndete a mi lado,
las cosas ahora dueñas de sus nombres
no llevan en rótulo de sus actos,
pertenecen a ellas,
están con su materia hacia dentro,
su clarísima sombra,
no sale de sus límites.
Así, tiéndete junto a mí, anónima,
ya sin peso,
sin estorbar a la luz en su loco paseo
y deja que mis manos te devuelvan el cuerpo,
como devuelven al aire las alas a los pájaros.

Para que pueda mirarme en tus ojos

Para que pueda mirarme en tus ojos,
para que mis manos encuentren tus manos,
para que tu voz me invite a compartir la noche,
han tenido que apilarse los días en años,
sumarse los años y formar signos
que exceden la memoria;
que nos encontráramos,
el tiempo
tendrá un puente hecho de siglos

Epigrama

Nada es imposible, Amada, cuando estamos juntos.
Hasta en el desierto podríamos vivir.
Bastaría con dibujar un árbol en la arena
para que al día siguiente dé frutos.

Escritos una tarde

Escritos una tarde
los nombres de los amantes
perduran en el árbol;
obstinado,
persistente,
los hace públicos,
murmurándolos a los visitantes,
y los vuelve a guardar
como símbolos del pasado.

Los amantes regresan
y vuelven a escribir sus nombres
en el árbol,
como si nunca los hubiesen escrito.
Los recuerdos pesan
y los amantes se deben al aire.

Pudo haber nacido en el año 165

Pudo haber nacido en el año 165,
en el 2.985 o antes de Cristo;
pudo haber nacido en Noruega,
en España o en Irlanda.
Pudo haber estado de excursión,
en una heladería o en una discoteca
y, sin embargo, hoy, 11 de octubre de 1986,
a las 23:30, está aquí, en este salón
donde yo deseo conocer a una mujer como ella
y ella desea conocer a un hombre como yo.

Aun antes de la memoria

Aun antes de la memoria
tu nombre me seguía
como una multitud de mariposas,
aleteando ruborosamente.

Tu nombre,
luna en el río nocturno
de tu cabellera.

Alhucema,
tú estás en tu nombre
como en una fiesta.
En mis noches solitarias
tu nombre como un ave,
se acuesta a mi lado,
arullándome Alhucema con su canción

Sus inicios registran epigramas y poemas festivos, etapa que superó para cantar al amor en tonos delicados y versos esenciales que recuerdan la mística sufí y la elegancia de los hispanoárabes Alí Ibn Hazm, autor de *El collar de la paloma*, y Abel Guzmán, el poeta de los zéjeles del siglo XII (...). Su poesía de gran finura estética y profunda agudeza conceptual es también deudora de García Lorca y su *Diván del Tamarit* y de Eduardo Mitre, autor de *El peregrino y su ausencia*. A propósito, Mitre sostiene que "Rojas concibe el amor como un destino obediente a fuerzas de atracción cósmicas; no obstante, esta experiencia de ningún modo implica el sometimiento a una fatalidad ciega, sino el ejercicio de una libertad plena". (Pedro Shimose).

La casa de Jaime Mendoza en Uncía

Víctor Montoya (La Paz, 1958)



Tercera parte

Y me lo leyó una tarde, y como la impresión que dejase en mí fue profunda, héceme su amigo, y desde entonces, ya en su casa o en la mía, no cesábamos de estar juntos y de cambiar pareceres y opiniones, hasta el día en que, tras breve conocimiento, lo despedí en la estación de un ferrocarril...”

Jaime Mendoza, a diferencia de Alcides Arguedas, tenía una personalidad introspectiva y un amor desmedido por el terruño que lo vio nacer.

Nunca vio en la colectividad boliviana a un “pueblo enfermo”, tampoco compartió la tesis de que los indios y cholos eran “leones sin melena o batracios gigantes”; por el contrario, en su libro “El macizo boliviano”, afirmó:

“El medio hace al hombre” y que, al margen de considerar a la montaña como factor importante en la creación de Bolivia, estaba convencido de que el espíritu del hombre andino era semejante a la grandeza de su paisaje y, por eso mismo, una poderosa fuerza llamada a cambiar el curso de la historia.

El argumento de la novela

“En las tierras del Potosí” narra los avatares de Martín Martínez, chuquisaqueño y estudiante de leyes, quien decide marcharse a las minas de Llallagua, donde se asegura que hay abundante riqueza.

No obstante, una vez en el lugar, tras un largo recorrido a lomo de mula, encuentra una vida dura, llena de accidentes, enferme-

dades, injusticias sociales, borracheras desenfrenadas y frustraciones sentimentales.

Según Alcides Arguedas, quien fue el primero en leer el manuscrito que le proporcionó el autor, se trata de una novela objetiva, cuyo vigor y realismo social no fueron superados por ninguna otra novela hispanoamericana.

La novela incluye varios personajes remarcables, como Lucas, un mozo que roba estaño y lo revende para ayudar a los pobres; Claudina, una atractiva mujer de pollera dedicada como “pallín” al lavado del mineral, con quien Martín tiene un amorío, hasta el día en que ella lo traiciona y huye con su amante; el médico de las minas, quien, por sus razonamientos y observaciones de la dantesca realidad de los mineros —expuestos durante largas jornadas a trabajar en ambientes insalubres y condiciones precarias, sin seguridad laboral, beneficios sociales ni maquinarias apropiadas para explotar las vetas—, pareciera proyectar los valores humanos y principios ideológicos del autor de “En las tierras del Potosí”.

La novela, dividida en quince capítulos, tiene la clara intención de denunciar abiertamente la explotación despiadada de los mineros, quienes son sometidos a trabajos inhumanos sin pagas decentes ni garantías laborales.

La obra, desde el año de su publicación, ha iniciado el ciclo de la llamada “literatura minera” y ha servido para abogar a favor de la causa de los trabajadores del subsuelo. Por eso mismo, y con legítimo derecho, se lo considera “uno de los documentos histórico-literarios más fidedignos que se han escrito

jamás acerca de los mineros bolivianos”.

Jaime Mendoza, aparte de lo expuesto “En las tierras del Potosí”, mostró su preocupación por otros aspectos concernientes a la situación social de los obreros, registrados en varias de sus obras. Su hijo Gunnar, tras una minuciosa investigación, nos recuerda:

“Entre su numerosa producción bibliográfica al respecto hay que mencionar sus conferencias ‘Por los obreros’, estudio, inédito, de los dos ejemplares típicos del proletariado boliviano, el minero y el siriguero; ‘El comunismo’ y ‘Temas sociales bolivianos’, sobre los problemas emergentes de la crisis minera de 1928 y 1929 en Bolivia”; más todavía, Jaime Mendoza, preocupado por el bienestar social de los habitantes de Llallagua y Uncía, impulsó la fundación de los primeros hospitales y escuelas, las primeras sociedades mutuales de trabajadores, de beneficencia y de deportes.

El furor de las críticas

Como en todo análisis de una obra literaria no faltaron las controversias y las críticas correspondientes.

Una de las más importantes es la que se refiere a la perspectiva desde la cual fueron contempladas las costumbres de las familias mineras, que no son retratadas en su verdadera dimensión, debido a que fueron observadas por un médico de clase media que, por mucho que lo intentó una y otra vez, no logró penetrar en el espíritu más profundo del indígena que se proletarizó tras irrumpir la gran industria minera en el norte de Potosí, con

todas las características que implica un sistema de producción capitalista.

Es decir, el proletario percibe un salario a cambio de su fuerza de trabajo y adquiere una conciencia de clase, se organiza en sindicatos revolucionarios que no sólo defienden los intereses socioeconómicos de los obreros, sino que, a su vez, representa una amenaza para los intereses de la oligarquía minera y los consorcios imperialistas interesados en saquear los recursos naturales en las montañas de Llallagua y Uncía.

No faltaron los críticos que compararon la novela de Jaime Mendoza con “La Vorágine”, del escritor colombiano José Eustaquio Rivera, tanto por la temática social como por la intensidad dramática, pero no así por la emoción y la altura estética. El historiador Enrique Finot consideró la obra como mediocre, aunque con fuerza y realismo. Asimismo, afirmó que tenía un “título antiliterrano pero lleno de sugestión”.

El escritor Fernando Díez de Medina, coincidiendo con la opinión vertida por otros críticos literarios, se refirió a la obra como extraña de la realidad y a su estilo como enérgico y directo, pero poco artístico.

Continuará

BARAJA DE TINTA

Fiódorov Dostoievski a Ania Grigorievna

Segunda y última parte

Ania, sálvame una vez más, y ésta será la última: envíame otros 30 (treinta) táleros. Me las arreglaré para que me sean suficientes. Seré muy ahorrativo. Si puedes conseguir enviarlos el domingo, aunque sea tarde, podré estar de vuelta el martes o, como muy tarde, el miércoles.

Ania, me postro ante ti y beso tus pies. Me doy cuenta de que tienes todo el derecho a despreciarme y a pensar: "Volveré a jugar". ¿Cómo voy a poder, entonces, jurarte que *no lo haré* cuando ya te he defraudado antes? Pero, ángel mío, ¡sé que morirás si vuelvo a perder! ¡Después de todo no estoy completamente loco! Bien, lo sé, si sucediera, sería también mi fin. No lo haré, no lo haré, no lo haré y *¡volveré directamente a casa!* Créeme. Confía en mí por última vez y no te arrepentirás. Fíjate lo que te digo: a partir de ahora, y por el resto de mi vida, trabajaré para ti y para Liubochka sin escatimar fuerzas ni salud y *¡conseguiré mi objetivo!* Procuraré que no os falte de nada.

Si no puedes enviarme el dinero el domingo, envíamelo el lunes tan pronto como sea posible. En ese caso, estaré contigo la tarde del miércoles. No te preocupes si no puedes enviarlo el domingo y no pienses mucho en mí, eso sería *demasiado* y ¡yo no lo merezco!

Pero ¿qué puede pasarme? Soy resistente hasta la tosquedad. Más que eso: parece como si me hubiera regenerado moralmente por completo (lo afirmo ante ti y ante Dios), y si no hubiera sido por mi preocupación por ti durante los últimos tres días, si no hubiera estado preocupándome a cada momento qué significaría esto para ti, ¡hasta habría sido feliz! No tienes que pensar que estoy loco, Ania, ¡mi ángel guardián! Algo importante me ha sucedido: me he liberado a mí mismo de una abominable ilusión que me ha atormentado durante casi diez años. Durante diez años (o, para ser más precisos, desde la muerte de mi hermano, cuando de repente me encontré aplastado por las deudas), he soñado con ganar dinero. Soñaba con ello seriamente, con pasión. Pero ¡ahora se ha acabado! ¡Ésta ha sido la última vez! ¿Crees ahora,

Ania, que mis manos están desatadas? Estaba atado por el juego, pero ahora me concentro en las cosas que valen la pena en lugar de pasarme noches enteras soñando con jugar, como solía hacer. Y así mi *obra* será mejor y más provechosa, ¡con la bendición de Dios! Deja que me quede con tu corazón, Ania, no llegues a odiarme, no dejes de amarme. Ahora que me he convertido en un hombre nuevo, sigamos nuestro camino juntos y yo procuraré que seas feliz.

Y Liuyba, Liuyba, ¡oh, qué despreciablemente me he comportado! Pero sólo pienso en ti. ¡No puedo pensar en otra cosa más que en cómo te sentirás cuando leas esto! E incluso antes de que recibas esta carta, ¡cuánto te preocuparás cuando descubras que no he vuelto a casa y qué cosas te pasarán por la imaginación! ¡Te llevarán esta carta a tiempo! ¡Y si se pierde! Pero ¿cómo iba a perderse cuando te llegó el telegrama que te envié a la misma dirección? En todo caso, para asegurarme, también enviaré unas líneas dirigidas a la *poste restante* mañana y las remitiré durante el día.

Sigo preguntándome: ¿recibiré carta de ti mañana o no? ¡Seguramente no! Me esperas mañana allí, así que ¿para qué ibas a escribir?

Si no puedes enviarme el dinero el domingo, escríbeme una carta. Sería tan feliz de recibir aunque sólo fueran unas pocas líneas de tu mano, aunque me maldijeses en ellas. Si no puedes escribirme el domingo, lo primero que debes hacer el lunes es enviarme una carta junto con el dinero (es decir, si no me lo has enviado ya el domingo). En cualquier caso, tu carta me llegará antes que el dinero y me haría muy feliz tener noticias tuyas.

Ania, cuando pienso en cómo te sentirás cuando recibas esta carta, siento escalofríos. Es lo único que me hace sufrir. Porque por lo demás —el aburrimiento, la soledad y la incertidumbre— estoy seguro de que puedo soportarlo. ¡Me merezco algo peor! Intentaré mantenerme ocupado; en los tres próximos días, redactaré dos cartas que tengo pendientes, ¡a Kátkov y a Máikov! Pero créeme, Ania, nuestra resurrección ha llegado; y cree, también, que ¡ahora conseguiré mi objetivo y te haré feliz! Os beso a las dos y os abrazo, ¡perdóname, Ania!



A partir de ahora, todo tuyo,
Fiódorov Dostoievski

P.D.: No iré a ver al sacerdote, en ningún caso, suceda lo que suceda. Es un testigo de fosas que tuvieron lugar hace mucho tiempo y ese tiempo se ha desvanecido. ¡Incluso verle me resultaría doloroso!

P.D.D.: Ania, mi alegría eterna, mi única felicidad, no te preocupes, no te atormentes, ¡cuida de mí!

No te preocupes de esos malditos e insignificantes 180 táleros. Es verdad que esto nos deja sin dinero una vez más, pero no por mucho tiempo, de verdad, no por mucho tiempo (posiblemente Stellovski nos salvará). Para asegurarnos, debemos enfrentarnos con la espantosa necesidad de empeñar cosas otra vez, ¡algo que para ti es tan odioso! Pero ésta es la última vez, ¡la última vez! Cuando vuelva a casa, ganaré dinero. ¡sé que lo haré!

¡Con que sólo pudiéramos regresar pron-

to a Rusia! Le escribiré a Kátkov y le imploraré que *adelante* la fecha de pago, y estoy seguro de que será receptivo.

En el nombre de Dios, no te preocupes por mí (ah, eres un ángel y, aun maldiciéndome, sentirás pena de mí), aunque sé que te preocuparás. Pero tienes que estar en paz: me regeneraré en los próximos tres días y empezará una nueva vida. ¡Oh, qué ansioso estoy de estar de vuelta contigo! Lo único que me asusta es pensar cómo te vas a tomar esta carta. Pero de una cosa puedes estar segura: de mi infinito amor por ti. Y de ahora en adelante nunca haré nada que te haga ser desdichada.

P.D.D.D.: Me acordaré de esto mientras viva y cada vez que piense en ello te bendeciré, ¡ángel mío! Que quede bien claro: ahora soy tuyo, todo tuyo, indivisiblemente tuyo. Mientras que, hasta ahora, *una mitad* de mí pertenecía a esa maldita ilusión.

Fiódor Mijáilovich Dostoyevski. Rusia, 1821-1881. Uno de los principales escritores de la Rusia zarista del siglo XIX, cuya literatura explora la psicología humana en el contexto político, social y espiritual. Su máxima obra: "Crimen y castigo".
Anna Grigorievna Dostoyevskaya. Rusia, 1846-1918. Bibliógrafa, filatelista y taquígrafa editora de la herencia creativa de Dostoyevski. Fue la segunda esposa del escritor desde 1867 y madre de Sophia, Amor, Theodore y Alexis.